



ARTE · HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



EL DOCTOR CREUS

por

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

De la Real Academia de la Historia.

Si con el actor se extinguen la voz y el gesto que le dieron fama, con el cirujano cae para siempre la mano que operó prodigios, sobreviviendo a la creación de uno o de otro no más que su fantasma, en referencias que se pierden muy pronto, por carecer de la apoyatura que proporcionan al literato o al artista la letra de molde o la materia plástica, vivas y perennes razones de ese tipo de gloria, la más perdurable, sin duda. Y si tiente ahora mi pluma precisamente la sombra de un cirujano, célebre en su tiempo, el doctor Creus, es porque, pensando yo en los españoles que hicieron frente, con el rompeo de su fe, a las tempestades de descreimiento y secularización del siglo XIX, he echado de ver que nunca se cita a un médico entre los políticos, escritores e intelectuales de toda índole, que suelen traerse a cuento para ilustrar con nombres propios la saludable reacción de la conciencia nacional. Porque el doctor Creus fué de los que mejor mantuvieron esa actitud, pese a los peligros de la deformación profesional—digámoslo así—con que el positivismo *lato sensu* amenazaba al médico, como al biólogo en general, y no digamos al profesional de las ciencias aplicadas: el ingeniero, por ejemplo.

Nació don Juan Creus y Manso en Guadalajara el 1 de marzo de 1828 y murió en Granada el 1 de junio de 1897. Entre fecha y fecha corre una vida ejemplar: privaciones y angustias de huérfano, junto a su madre necesitada, con familia a su cargo, en la ciudad natal, muy dado a la lectura y la piedad; estudios de Humanidades en Sigüenza y en Toledo; de Medicina, en Madrid, con marcada preferencia por la Cirugía, bajo el estimulante magisterio de Sánchez de Toca y de Argumosa; la primera cátedra, ganada por oposición, de Anatomía y Patología quirúrgica, operaciones, apósitos y vendajes, en la Universidad de Santiago de Galicia, primero, y de Granada, después; veinte años de residencia—culminación de la vida del doctor Creus—en la ciudad de la Alhambra; ciudad romántica en tiempos genuinamente románticos: como romántico a su manera, a lo Federico Ozanam, fué Creus mismo: gran clásico, de aplomado espíritu, medido en su ciencia, arrebatado por su caridad. Años esos de 1854 a 1874, en que la fama de un gran cirujano de provincias trasciende a España entera, y, por último, la cátedra en Madrid, el ingreso en la Academia de Medicina, el escaño en el Senado, el Rectorado de la Universidad Central, el mayor auge de su enseñanza y nacional ejemplo de sus cristianas virtudes. La jubilación, en fin, y el retorno a Granada, para morir, no sin vitalizar antes la Vega con el cultivo de la remolacha, gracias a una de sus fértiles iniciativas. Al margen de todo eso, labor tenaz de publicista. Dicen que su *Tratado elemental de Anatomía médicoquirúrgica* fué el primero de su tiempo en nuestras aulas de Medicina. Y dicen... Porque yo he de apoyarme en palabras ajenas para puntualizar los mé-

ritos técnicos del doctor Creus, y así me valgo del testimonio de don José Ribera, cirujano famoso, que fué su discípulo, reproduciendo párrafos de una conferencia dada en el III Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. A saber: «Era Creus—declara el doctor Ribera—un operador sereno, seguro de sí mismo, tranquilo en todos los momentos de la operación; sin perder el apuro, fuera cual fuese el accidente que se presentara; operador habilísimo, genial, rápido en resolver problemas y para abordar el problema quirúrgico, fuere cual fuere el punto donde recayera el proceso morboso, que lo mismo operaba una catarata que hacia una sutura intestinal: decisión rápida, ejecución rapidísima... Cirujano progresivo, amante de todos los progresos científicos, implantándolos entre nosotros, y por esto, en una discusión periódica que tuve con mi amigo el ilustre cirujano de Barcelona doctor Cardenal, podía yo decirle que para aprender a hacer ovariectomías, yo no había tenido necesidad de salir de España, porque las había aprendido viéndolas hacer en Granada a Creus... Dada la genialidad y generalidad de Creus, se comprende que haya legado a la Cirugía patria procedimientos tan distintos y tan distanciados como son, por ejemplo, el tratamiento del pterigión y la talla perineal; la resección del maxilar inferior y la circuncisión; el tratamiento de los pólipos nasofaríngeos y las modificaciones al procedimiento de Argumosa para la amputación de la pierna; sin que después de haberle visto operar mucho pueda yo determinar cuál era su especialidad porque entonces había que admitir que era especial en todo, y si quedaba uno maravillado al verle hacer autoplastias, asombroso era cómo hacía la talla, cómo tallaba colgajos, cómo operaba en el cuello y en las zonas de los maxilares.»

Pero hay que dejar la Medicina a los médicos, naturalmente, y el hombre que comunicaba su honda pulsación de ser vivo a la rigurosa y eficiente técnica es lo que importa a los efectos del presente artículo. Porque justamente esa onda de acendradas cualidades humanas, transmitida por quienes conocieron personalmente a Creus, impresionó mi corazón de niño en la Granada donde tan vivo persistía el recuerdo del gran cirujano y católico señor. Ponderaban los que le habían alcanzado su desprendimiento y su tenacidad, los arranques de su energía y su entrega al ideal. Ideal que no era político, sino en la medida que lo exigía su celo de católico militante. El doctor Creus estuvo afiliado al carlismo, según tengo entendido, en la primera parte de su vida, cuando la guerra civil, todavía en el horizonte histórico, era memoria reciente a la vez que posibilidad con la que se contaba. Pero no creo que continuara el doctor Creus por mucho tiempo sometido a la disciplina de la Comunion tradicionalista, una vez que la Restauración determinó un nuevo planteamiento de nuestros problemas po-

líticos: el doctor Creus prefirió moverse, sin trabas de partido alguno, en el nuevo y vasto campo del catolicismo social. Se cuenta que llevaba con sus ingresos dos Cajas: la suya y la de los pobres, abierta en fluencia constante de limosnas para satisfacer toda suerte de necesidades, sin olvidar las de tipo general o colectivo. El doctor Creus fué de los primeros en propulsar la fundación de Círculos católicos de obreros, en fomentar la Buena Prensa—concepto a la sazón recién surgido—, en defender y difundir el sentido religioso de la vida por todos los medios que la naciente propaganda permitía y con todo el alcance que ya empezaba a tener ese catolicismo social a que acabo de aludir, y que tuvo en el doctor Creus, por lo que hace a España, un denodado precursor.

Religioso de veras, cuando un cerrado «cientificismo» daba el tono a Clínicas y Academias, el doctor Creus sabía—como atestigua uno de sus más íntimos amigos, don Luis Morell—que no pertenece al hombre

el imperio de la salud y de la vida. Todo lo esperaba Creus del Creador, «cuyas luces invocaba y cuyo auxilio fervoroso pedía, trazando la señal de la Cruz al comenzar sus portentosas operaciones». A esta luz importa mucho menos su espíritu de iniciativa y organización industriales. La explotación de la remolacha azucarera, para sustituir con ventaja al cultivo del cáñamo y lino, en la vega de Granada, se debió a don Juan Creus, asociado, por cierto a un ilustre farmacéutico, don Juan López Rubio, gracias a los cuales se enriqueció poderosamente la agricultura granadina, con natural repercusión en las vegas de Santa Fe, Loja, Guadix y Baza, alzándose en tan históricos pasajes, como autoritario índice de progreso, las chimeneas de fábricas y más fábricas. Pero importa recoger este aspecto de la actividad del doctor Creus para redondear su figura, rica en perfiles, destacada por eso en la contradictoria y efervescente masa del siglo XIX.